

LES LETTRES *françaises*

Fundadores: Jacques Decour (1910-1942), fusilado por los nazis, y Jean Paulhan (1884-1968)
Directores: Claude Morgan (1942-1953), Louis Aragon (de 1953-1972), Jean Ristat.

CUBA-FRANCIA



Carlos Luis Blanco Ramos, por Arnol Sthal

EDITORIAL DE PATRICE PAOLI, EMBAJADOR DE FRANCIA EN CUBA



“Lo que permanece es lo que merece permanecer y que confirma con su longevidad su valor y su utilidad”, escribe el poeta francés Paul Valéry. Los nexos entre Cuba y Francia tienen larga data y las relaciones culturales entre ambos países son importantes, diversas y dinámicas. Una simple apelación a la memoria permite recordar a muchos protagonistas de estos intercambios fructíferos, a diferentes generaciones de creadores que, de los dos lados del Atlántico, han unido saberes y compartido fructuosos diálogos.

Creada en 1883, al igual que la Alianza Francesa de París y reconocida oficialmente en 1951, la

Alianza Francesa de Cuba celebrará en 2021, setenta años de existencia en el país con un papel decisivo.

Es, en efecto, gracias a la estrecha relación y al trabajo conjunto de la Alianza Francesa y del servicio cultural de la Embajada de Francia que estas relaciones culturales y pedagógicas han florecido.

Como la cuarta Alianza Francesa en el mundo, el establecimiento franco-cubano se define como un espacio abierto a la diversidad de pensamiento, un lugar de reflexión que fomenta el diálogo intercultural, un lugar propicio a la creación y a la promoción de jóvenes talentos. Centro de aprendizaje del idioma francés y centro cultural, es un lugar muy vivo, prestigioso, profundamente anclado a la cultura cubana, y puente entre ambas naciones.

La Feria Internacional del Libro de La Habana y este aniversario emblemático fueron la antesala en la que se concibió este número especial *Cuba-Francia*, elaborado por la Alianza Francesa de Cuba a través de su director general, Marc Sagaert, redactor en jefe invitado.

Este número no pretende evidentemente resumir en 74 páginas, toda la riqueza de las relaciones culturales

tejidas a lo largo de los años entre las dos naciones, sino más bien dar algunos ejemplos contemporáneos de los lazos estrechos que unen a nuestros dos países.

Literatura, poesía, fotografía, artes plásticas, danza, música, teatro y cine son las líneas de creación, desde las cuales se abordarán la vida y obra de figuras emblemáticas tales como: Víctor Hugo y José Martí, Alejo Carpentier, Wifredo Lam y André Masson, Korda (Alberto Díaz), Robert Desnos, Henri Cartier-Bresson, Virgilio Piñera, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Se trata además de textos inéditos de novelistas, poetas, traductores, ensayistas y dramaturgos actuales: Antón Arrufat, Alexandra de Broca, Jesús David Curbelo, Paul Fournel, Emerio Medina, Nancy Morejón, Philippe Ollé-Laprune, Leonardo Padura y Senel Paz. Es importante, agradecer de igual modo, los testimonios de bailarines y coreógrafos: Rosario Cárdenas, Susana Pous, Carlos Acosta, Carlos Luis Blanco, Alexi Marimón y Christophe Haleb, la contribución de cantantes y músicos: Luna Manzanares, Roberto Fonseca, Omara Portuondo y Raúl Paz, y la participación de los artistas plásticos:

Rocío García, Ernest Pignon-Ernest, Philippe Marinig y Thomas Henriot.

Este número multimedia, una novedad desde la creación del periódico, cuenta también con textos críticos y de referencia, confiados a historiadores, catedráticos y especialistas de los temas abordados: Yanelis Encinosa Cabrera, Erián Peña Pupo, Martine Sagaert, Jorge Antonio Fernández Torres, Luciano Castillo, Frank Padrón, Christian Barré, Ysabel Muñoz Martínez, Deivy Colina, Diana Díaz, Alfredo Rodríguez Diago, Claudine Sagaert, Toni Piñera, Massiel Arbona Fernández, Jhon Alexander Rodríguez Castañeda, Yalena González Valdés, Omar Valiño, Cristina Vives, Noel Bonilla-Chongo, Solen Rouillard y Xavier d'Arhuys. Ellos conforman una lista de 44 colaboradores en la publicación.

Quisiera agradecer calurosamente al director de la publicación francesa, Jean Ristat, a su redactor en jefe Jean-Pierre Han y a todas las personas que permitieron la realización de este número, a los autores y, en especial, a los editores: Jhon Alexander Rodríguez Castañeda, Deivy Colina y Alfredo Rodríguez Diago. ■



Carlos Luis Blanco Ramos en el Palacio de Prado, por Arnol Sthal

Arnol Sthal: una nueva luz dentro de la fotografía cubana

Joven artista cubano, Arnol Sthal (La Habana, 1993) se consolida como una de las nuevas promesas dentro del panorama fotográfico en Cuba. De formación autodidacta, ha mostrado un acertado trabajo dentro de la manifestación, estableciendo una conexión interesante con la fotografía publicitaria. Sus inicios en el campo artístico están relacionados con la producción musical y sus estudios en el Laboratorio Nacional de Música Electroacústica (LNME) “Juan Blanco”, donde logra sus primeros trabajos como Dj productor. Pero es en 2015 donde se revela en él la pasión por las infinitas posibilidades que ofrecen las imágenes.

Las constantes exploraciones al universo fotográfico femenino se convirtieron en el centro de su propuesta estética, conectando su interés con las diversas lecturas que arrojan los rostros de mujeres “capaces de crear en el espectador disímiles sensaciones e interpretaciones. En mi discurso fotográfico trato de conducir el foco

de interés sobre esas expresiones que transmiten demandas, aspiraciones o luchas”, ideas que enuncia para describir su trabajo.

Este enfoque le ha permitido presentar sus fotos en revistas como *Vistar Magazine*, y ser aceptado en 2019 en el catálogo de fotógrafos de *MY Studio* de la fotógrafa May Reguera, y en el portafolio de *VOGUE Italia*. Importantes músicos cubanos han sido captados por su cámara, entre los que destacan el jazzista cubano Roberto Fonseca y las cantantes Luna Manzanares y Ágata. Igualmente, imágenes de su autoría han formado parte de las exposiciones colectivas *Cuban Photographers* y *DOS*, así como la muestra personal on-line *Inocentes* en 2020.

Este número de *Les Lettres Françaises* ha sido ilustrado con imágenes de su más reciente trabajo al bailarín cubano Carlos Luis Blanco Ramos. ■

DEIVY COLINA

Cuba en el corazón

Este número especial Cuba-Francia se inscribe en la continuidad de la política de *Les Lettres françaises*, debido a que nos esforzamos por realizar regularmente una revisión de la literatura y de las prácticas artísticas de diferentes países. Por ello, hemos consagrado algunos números a Argelia, Colombia, Guatemala, Armenia... Deberíamos multiplicar estas iniciativas pero nuestros recursos humanos, y sobre todo financieros, no se hallan siempre y a la altura de nuestras intenciones.

Me parece que un gran diario como el nuestro, con la gran historia de la cual es portador, no debe obedecer a los intereses políticos que dominan a numerosos medios de comunicación. ¡Ningún bloqueo para Cuba! Este país ha demostrado su capacidad de resistir a todo tipo de ataques de diversa índole y de los cuales es todavía víctima. ¿Después de todo, Resistencia no sería acaso la palabra maestra de nuestro diario, fundado en 1942 en plena ocupación nazi?

De cualquier modo, es importante dar a conocer y reflexionar sin censura. Es la razón principal que motiva esta edición especial de *Les Lettres françaises*. Sin embargo, hay otra causa u objetivo que no puedo olvidar y que me gustaría exponer a continuación. Tuve el honor de ser el Presidente del primer barco que llevaba alimentos y medicinas a Cuba en 1991 bajo el liderazgo del Partido Comunista Francés. Al respecto, cuando Fidel residió en París en 1995, me dio un *abrazo* en la Casa de América Latina y tengo que decir que este encuentro queda en mi memoria como un momento de

emoción muy especial. Nunca me ha gustado el culto hacia los grandes hombres, pero Fidel Castro tenía una presencia, un brillo, una generosidad en la mirada fuera de lo común. Años más tarde, yo viajé a La Habana y participé con Franck Delorieux, en algunos encuentros con el CENESEX y Mariela Castro, donde pudimos hablar con toda libertad de la homosexualidad y de su represión tanto en Cuba como en todas partes del mundo.

Este número de *Les Lettres françaises* en español tiene otra particularidad porque se trata, por primera vez, desde que se creó el periódico, de una publicación multimedia. Es por ello, que esta edición doble en español cuenta con setenta y dos páginas y contiene, además de textos, videos y fotografías que se pueden consultar a partir de diferentes enlaces. Por otra parte, señalo que otro número especial dedicado a Cuba se publicará en Francia en el transcurso del año próximo.

Me gustaría agradecer en especial a Marc Sagaert quien concibió y dirigió este número.

¡Sí! ¡Cuba en el corazón! ¡Siempre! ■

JEAN RISTAT

DIRECTOR DE *LES LETTRES FRANÇAISES*

TRADUCCIÓN MARC SAGAERT

Versos inmortales: influencia francesa en Cuba

La literatura francesa ha encontrado en Cuba receptores ávidos en el *corpus* lírico nacional. Remontarnos a su influjo desde el pasado nos trae a los ojos un turbión de imágenes: la afamada tertulia de la Condesa de Merlín en el París de la primera mitad del siglo XIX, donde confluían poetas cubanos y franceses de la época; el encuentro de José Martí con Víctor Hugo y la posterior traducción al español de *Mis hijos*; el viaje febril y trunco de Julián del Casal hacia la cuna ensoñada de Charles Baudelaire y Paul Verlaine; o las significativas traducciones al español de poetas franceses que en el siglo XX florecieron en la Isla: *El Cementerio marino* y *La Joven parca* de Paul Valéry a cargo de Mariano Brull; *Iluminaciones* de Arthur Rimbaud por Cintio Vitier; la amplia lista de autores franceses incluidos en el *Festín de poesía* de Samuel Feijóo; traducciones del Caribe francófono como las de Saint John-Perse, de la mano de José Lezama Lima, Heberto Padilla, Manuel García Verdecia; de Paul Laraque, Ernest Pépin, Édouard Glissant a cargo de Nancy Morejón; la poesía del África francófona reunida en *Diwan africano: poetas de expresión francesa* por Rogelio Martínez Furé; por solo referir algunas de una lista mucho más extensa.

Sin embargo, por razones de tiempo y espacio elijo aquí reducir mi mirada hacia esa zona de la literatura nacional correspondiente a la poesía publicada en las últimas dos décadas del siglo XX, y observar ahí qué voces de la lírica francesa captan la atención de los poetas cubanos. La elección se debe a mi interés personal en una etapa de especial florecimiento de una estética de ruptura con el coloquialismo imperante de las primeras décadas de la Revolución, que implicó la recuperación de temas ancestrales e individuales de la historia íntima de los sujetos y de la especie (familia, muerte, trascendencia, la poesía misma), que habían quedado marginados del canon lírico nacional en la etapa anterior. Desde el punto de vista estético se apreció una reivindicación de la metáfora y el lirismo, se dinamitó el lenguaje; y se abrió un abanico de lecturas de poetas de diversas latitudes, que fueron asimilándose con naturalidad en un vasto caudal. Me propongo observar en ese amplio río de influencias la impronta de los poetas franceses.

Lina de Feria (Santiago de Cuba, 1945), merecedora del Premio Nacional de Literatura de 2019 introduce la *Primera invocación* de su cuaderno *El Ojo milenario* (Ed. Sed de Belleza, 1995) con

una cita del Prefacio del libro *El teatro y su doble* de Antonin Artaud: “Toda efigie verdadera tiene su sombra que la dobla” y luego “tememos a una vida que pudiera desarrollarse por entero bajo el signo de la verdadera magia”. Con esta entrada del poeta francés la autora prepara la escena para un conjunto de textos surgidos al dolor de la pérdida de su madre. Este poema irá desbordando imágenes de un profundo lirismo, en las que la mirada a los detalles cotidianos de la vida presente se funden en mágica evocación del pasado de la especie y del planeta, acaso como “ciertos cataclismos que”, según Artaud, “nos induzcan a volver a la naturaleza, es decir, a reencontrarnos con la vida”.

Raúl Hernández Novás (La Habana, 1948-1994), uno de los más relevantes artífices de esa ruptura con el coloquialismo en los años ochenta señaló a los poetas franceses en el rico entramado de referencias intertextuales de la literatura universal que atraviesa su obra. En su cuaderno *Enigma de las aguas* (Universidad de La Habana, 1983) se lee el poema *El cráneo azteca II* con el epígrafe: “Pero en su noche, grávida de mármol, / un vago pueblo, entre raíces de árboles, / por ti se ha decidido lentamente”, del poema *El cementerio marino* de Paul Valéry, traducido al español por Jorge

Guillén. La preocupación por la muerte y la pérdida de seres amados, tan frecuente en la poesía del cubano evoca aquí las reflexiones sobre la finitud de la vida que motivara a Valéry aquella visión del cementerio de su Sète natal. En su cuaderno *Da Capo*, Novás cita a Paul Éluard en el poema *Isolda*. Con “eres la semejanza” nos remite directamente a aquel texto de amor del francés *Cuando te levantas*, en el que alude a la mujer amada como “el agua desviada de sus abismos” o “la tierra que echa raíces y sobre la cual todo se asienta”. Ese arrobamiento que hace cantar a la amada con cierta mística natural puede observarse más extensamente en el poema del cubano.

Roberto Manzano (Ciego de Ávila, 1949) sintetiza una enjundiosa asimilación de los más altos valores de la literatura universal, en especial, esa que canta esperanzada al ser humano, su presencia en el mundo y la relación con lo trascendente. Tal es el tono de su libro *Rapsodia de vivir* (Ed. Unicornio, 2006), en el que se encuentra el poema *La fuente en el umbral*. Allí el epígrafe “la muerte se muestra como un nacimiento” anuncia la relectura del poema *Todo se ha salvado* de Paul Éluard. Manzano ofrece su mirada conciliadora con el pasado y la historia del universo, y como el bardo

●●● francés antepone el optimismo a la desesperanza: ante la destrucción y la muerte vierte la restauradora confianza en el futuro, e invita a la armónica relación entre lo humano, lo natural y lo divino, pues acaso el hombre -en palabras de Éluard- “buscando lo real fraternal sin rupturas” encuentre “la concreta verdad y la virtud sensible”.

Otra relectura a Paul Éluard ofreció el escritor Alberto Acosta-Pérez (La Habana, 1957-2012) en su libro *Fotos de la memoria* (Ed. Letras Cubanas, 2009) con el poema *Libertad*, en el que reinterpreta el texto del mismo nombre del poeta francés. Desde el título y más aún la dedicatoria “A la memoria de León Felipe y Paul Éluard” se evidencian los antecedentes literarios sobre los que el cubano erige su mirada. Con ambos referentes dialoga: asimila algunas de las nociones de estos y ofrece su propio canto con un acendrado lirismo, con imágenes que juntan la libertad natural con la idea íntima de la libertad interior: “tú eres una rosa de cal viva / y vienes de lo hondo de la tierra, / pero no es fuera sino en mí donde tú vives”. En el verso final, cuando asegura que “sólo por ti renaceremos del olvido” se intuye al Éluard que por el poder de la palabra *libertad* vuelve a vivir para cantarle.

Acosta-Pérez elige versos de Stéphane Mallarmé como exergo del cuaderno *Monedas al aire*, en el que se preocupa por la finitud del destino del hombre. Desde el título del libro se

sugiere el juego del azar, ese que como “un golpe de dados” inquietó también al francés, “en esos parajes de lo vago en que toda realidad se disuelve”. Este autor cubano dedica también un poema a la fatídica relación amorosa de Paul Verlaine y Arthur Rimbaud: *Bruselas, 2003 (Paul Verlaine revisita la ciudad y concede una entrevista)*. En el texto se revive el dramático episodio que puso en jaque el amorío de los poetas franceses: “quizás fue en esta calle donde sucedieron los hechos / que señalan la historia, / aquí soltamos alguna maldición / o el pistoletazo que en un instante volvió ridículo todo lo demás”.

Jesús David Curbelo (Camagüey, 1965), como poeta, ensayista y traductor es de los que en la actualidad aborda más extensamente a los bardos franceses. Con una prolífica trayectoria en la traducción -labor sobre la que además ha reflexionado en varios ensayos- ha traído al español poemas de autores ingleses, italianos y franceses. De estos últimos destaca *El peor de la manada*, una selección de poemas de Joachim du Bellay (Ediciones Ácana, 2002), y un significativo número de poetas de lengua francesa traducidos para antologías y publicaciones periódicas como Louise Labé, Pierre de Ronsard, Théophile de Viau, Marceline Desbordes-Valmore, Víctor Hugo, Charles Baudelaire, Paul Verlaine, Arthur Rimbaud, Stéphane Mallarmé, Guillaume Apollinaire, Saint-

John Perse, Léopold Sédar Senghor, Jacques Prévert, Yves Bonnefoy, Maryse Condé, Édouard Glissant.

Curbelo en su extensa obra poética deja entrever las lecturas francesas que más le han influido. Su cuaderno *Salvado por la danza* (Ediciones Unión, 1995) se abre con un exergo del poema *El arte* de Théophile Gautier: “Los dioses mismos perecen, / más los versos inmortales permanecen / más firmes que los metales”, que anuncia el interés por la trascendencia de la poesía. En este mismo cuaderno el poema *Del mar* abre con un epígrafe tomado de *El cementerio marino* de Paul Valéry: “La mer, la mer toujours recommencée”. De su cuaderno *Aprendiendo a callar* (Ed. Unicornio, 2005) el poema *Rimbaud*, con la síntesis característica de este volumen sugiere la vida errante y breve, en constantes huidas, del joven poeta: “Irte/ Escapar con vida del rumor y la letra. / Yo, que no tengo el coraje, te perdono”. En la antología poética *Quemadura y fulgor* (Ediciones Unión, 2013) destaca el soneto *Un poema conjetural (A la manera de Pierre Ronsard)*, donde remeda *Madrigal* del autor galo, que ante la negativa de la amada recuerda la fugacidad de su belleza presente. Mientras que *Poema a una que pasa (A la manera de Charles Baudelaire)* retoma aquel del vate francés, en el que recrea la chispa de curiosidad o amor a primera vista suscitada en la calle por una desconocida. Nótese además su

preferencia literaria en la cita de Joachim du Bellay que cierra la Nota del Autor en esta antología de su poesía amorosa: “tout retourne á son commencement”.

Muchas otras voces con justicia deberán aparecer en estudios más amplios sobre el tema. Aquí solo he acudido a escasos, pero oportunos ejemplos para ilustrar la influencia de poetas franceses en esa zona de nuestra literatura de fines del siglo pasado. Aunque debe señalarse que estos influjos lejos de desaparecer en el nuevo milenio se han expandido y diversificado. Otros nombres han encontrado lugar en la poesía cubana del siglo XXI, como René Char citado por Reynaldo García Blanco, Charles Baudelaire por Rigoberto Rodríguez Entenza, el Conde de Lautréamont por José Luis Serrano, Arthur Rimbaud y Paul Valéry por Miladis Hernández Acosta, Jacques Prévert y Saint-John Perse por Luis Yusef Reyes. Puede respirarse a George Bataille en el estilo de los más recientes libros de Oscar Cruz -quien se ha encargado además de traducirlo-. La lista es aún más profusa e interminable, y como aquella de las décadas finales del siglo XX resulta demasiado extensa para reseñar en tan breve espacio. Sirva esta rápida mirada para suscitar interés en el tema y convocar a otras lecturas, pues creo, como Jesús David Curbelo en ese verso de Gautier: “los versos inmortales permanecen / más firmes que los metales”. ■

YANELYS ENCINOSA CABRERA

La Casa Víctor Hugo de La Habana, un espacio de diálogo intercultural

La Habana Vieja exhibe en una de sus calles un centro cultural que promueve los infinitos vínculos entre Francia y Cuba: la Casa Víctor Hugo. Esta institución, perteneciente a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, se ha convertido durante 15 años en uno de los epicentros fundamentales para la promoción de la cultura francesa en la Isla y da continuidad a la extensa labor sociocultural desarrollada en el Centro Histórico. A partir de un concepto participativo, integrador y patrimonial, la Casa ha sido una plataforma de apoyo a importantes proyectos y artistas, y ha mantenido un trabajo enfocado a la comunidad, a través del desarrollo de acciones que contribuyen al disfrute de los ciudadanos.

Ubicada en la calle O'Reilly 311, entre Habana y Aguiar, la Casa Víctor Hugo es resultado directo del paulatino incremento de instituciones culturales que forman parte del proyecto integral para la restauración

de La Habana Vieja. Su nacimiento es un ejemplo de la colaboración internacional de la Oficina del Historiador con la Asociación Cuba Cooperación Francia, como contribuyente esencial en la planeación, ejecución y funcionamiento del espacio, y la indiscutible pasión de Roger Grevoul, su presidente fundador y gran defensor del pueblo cubano.

La institución se erige como sede cultural que rinde homenaje, de forma permanente, al célebre escritor francés, máximo representante del romanticismo literario, quien dirigió su escritura a favor del pueblo cubano en el siglo XIX. Víctor Hugo simboliza los mejores valores de la cultura francesa y ha marcado el pensamiento y la vocación política de innumerables pensadores y revolucionarios, entre ellos, José Martí. La dimensión universal de su palabra estuvo también al servicio del pueblo cubano reconociendo la necesidad de la Isla de separarse de la metrópoli española.

Estos motivos fueron esenciales en la concepción y fundación de la Casa Víctor Hugo el 16 de marzo de 2005, como espacio cultural que contribuye a la universalización y difusión del genio literario hugoliano. Sitio de acogida y expansión del quehacer cultural francófono y cubano, se ha enriquecido igualmente con la visita de reconocidos intelectuales y artistas franceses, así como representantes de organizaciones de solidaridad con Cuba, figuras de gran relevancia en el diálogo cultural entre ambos países.

Asociación Cuba Cooperación Francia, el más fiel colaborador

A inicios de los 2000, la Oficina del Historiador comenzó los trabajos de rehabilitación del inmueble, de conjunto con la Asociación Cuba Cooperación Francia, quien mantenía con nuestro país importantes lazos de cooperación en diversos sectores. Su

CUBA-FRANCIA

aportación financiera para la ejecución del centro cultural mostraba el interés de ambas naciones por el nacimiento de un espacio multifuncional que expresara los extensos vínculos históricos y fomentara el compromiso con el patrimonio. Asimismo, la Embajada de Francia en Cuba y la Alianza Francesa han apoyado el accionar de la Casa en los diversos eventos franco-cubanos que acontecen cada año en el contexto nacional.

Estas relaciones de colaboración se han mantenido hasta la actualidad y su máxima expresión se manifiesta en disímiles proyectos artísticos que marcan la historia de la Casa. La exposición de artes visuales *3 Mers/3 Mares*, es uno de esos magníficos logros entre la Asociación, el Comité de Ardèche y la institución cubana, en el marco de la XII Bienal de La Habana en 2015. Esta plataforma participativa desarrolló como línea temática: *Entre la idea y la experiencia*, y fue la Casa Víctor Hugo el escenario de confluencia de 42 artistas cubanos y franceses. Los creadores abordaron en sus obras esos signos comunes en el arte, los instantes en que se repiten las formas, los símbolos que denotan similitudes, pero sobre todo, ese espacio coincidente para la creación, como señalara Toni Piñera, uno de los organizadores de la muestra.

Esta muestra franco-cubana, que asumía el mar como zona de interacción e intercambio entre los países que lo rodean, partía de una vocación de solidaridad y humanismo que armonizaba con las variadas tendencias del arte contemporáneo. En tanto proyecto cultural, su impacto conectaba con la idea misma de la Bienal, la cual se configuraba en un gran mapa para sentir la ciudad y su gente y convertir el espacio urbano en un verdadero laboratorio social.

De igual valor para el contexto artístico cubano, se presentó en 2016 en el marco del Mes de Cultura Francesa, la exposición *Variaciones de Concierto Barroco*, del artista francés Ernest Pignon-Ernest (Ver artículo de Ernest Pignon-Ernest). La muestra, a cargo de la curadora Agnès Le Gouze, estuvo conformada por reproducciones a gran escala de retratos de músicos aludidos en la obra *Concierto Barroco*, del escritor cubano Alejo Carpentier y fue una colaboración entre la fundación del mismo nombre, la Asociación Cuba Cooperación Francia y la Casa Víctor Hugo.

Maestro del dibujo, Ernest posee una rigurosa formación artística y una técnica excepcional. Pionero del street art, comenzó su labor artística en la década del sesenta y hasta la fecha ha mantenido una línea creativa de marcada inserción social, que apuesta por la transformación del espacio público desde la carga visual y simbólica de las imágenes sobre los muros. Su obras atraviesan el prisma de

lo político, pero es el ambiente de la cultura y sus personajes, los más trabajados por el artista.

De la admiración por el escritor cubano nació la propuesta pictórica de la novela. El pintor elaboró una suerte de gran orquesta sinfónica, una mixtura entre la música clásica y la popular, entre Europa y Latinoamérica, a través de los personajes retratados. “(...) la idea de que la música permite acceder a una concepción del tiempo no lineal sino circular, donde el pasado y el presente pueden fusionarse para ir tejiendo la historia del futuro”, como advirtiera Camilo Rubén Fernández en la obra



Carlos Luis Blanco Ramos, por Arnol Sthal

de Carpentier, fue retomada por Ernest Pignon-Ernest para dar forma al discurso escrito.

Cuatro ediciones del Premio de Estudios e Investigaciones Casa Víctor Hugo, han sido definitivas en la relación con la Asociación Cuba Cooperación. Este importante galardón nació en 2011 con el objetivo de estimular la investigación y las creaciones artísticas y literarias referidas a los contactos e influencias existentes entre Cuba y Francia. Los trabajos recibidos contribuyen a la puesta en valor de aquellos elementos constitutivos de la cultura cubana que proceden de intercambios con la cultura francesa, y han potenciado el fortalecimiento de los lazos de amistad, comprensión y solidaridad entre nuestros pueblos, en un entorno de paz.

La edición de 2018 se enmarcó en la celebración del 500 aniversario de La Habana y, al mismo tiempo, de los siglos que han sido testimonios de la amistad y los vínculos entre Cuba y Francia. El tema abordado en la convocatoria fue un homenaje a la ciudad, entendida como puerto de paz, puerta de entrada de conocimientos culturales, científicos y técnicos y crisol de aportes culturales exteriores y base de expansión de dichos aportes al conjunto de la Isla.

Pero el momento cumbre de la labor conjunta entre la Casa Víctor Hugo y la Asociación aconteció en 2019, como parte de los festejos por de la fundación de la Villa de San Cristóbal de La Habana. El Coloquio Internacional *Víctor Hugo, visionario de Paz*, posibilitó el encuentro con los mejores especialistas e investigadores en la obra de Hugo, procedentes de los cinco continentes. La institución presentó un variado programa de actividades, como parte de este singular evento y se convirtió en sede para el debate sobre el alto compromiso humanista del escritor y la paz, condición indispensable para el desarrollo soberano de todo país.

Por primera vez este coloquio, no solo reunía a las autoridades en el estudio de la vida y obra del autor de *Los Miserables*, fue la plataforma propicia para el encuentro entre la Casa de Víctor Hugo en París, la Casa Víctor Hugo en Besançon, Hauteville House en Guernesey, el Museo Víctor Hugo-Casa Vacquerie en Villequier, el Museo Literario Víctor Hugo en Vianden, la Casa Víctor Hugo en Pasaia y la Casa Víctor Hugo en La Habana, a través de una variada exposición de fotografías, dibujos, escritos, documentos y objetos relacionados con Hugo, elementos todos que constituyen un símbolo de la universalidad del pensamiento de un verdadero visionario de la paz.

Otras contribuciones al funcionamiento de la Casa han consolidado la labor de la misma durante todos estos años. De manera especial destacan los aportes literarios para la biblioteca Cosette, especializada en literatura francesa, la cual presenta al público uno de los más amplios fondos de obras de Víctor Hugo en Cuba y Latinoamérica, y más de 5000 ejemplares en idioma francés.

Nuevos desafíos están por llegar para el trabajo de la Casa Víctor Hugo. Su existencia y sostenibilidad a lo largo de casi dos décadas ratifica la voluntad de continuar el trabajo iniciado en 2005. La obra de Víctor Hugo seguirá siendo el motor impulsor de este proyecto que construye su accionar a favor de la promoción de una extensa cultura franco-cubana, determinante en la formación de la nacionalidad cubana. ■

DEIVY COLINA

DIRECTOR DE LA CASA VÍCTOR HUGO

Como lo escribe Xavier Oquendo Troncoso: “**Nancy Morejón** es una de las voces más conmovedoras de la poesía contemporánea escrita por mujeres en español”.

Nacida en **La Habana en 1944**, es poeta, ensayista, dramaturga, traductora y periodista, así como Miembro de Número de la Academia Cubana de la Lengua desde 1999. Ha sido galardonada con numerosos premios, entre ellos: Distinción por la Cultura Nacional, Premio de la Crítica (1986 y 1997), Premio Nacional de Ensayo (1980), Premio Nacional de Literatura (2001), Premio Rafael Alberti (2007). Ha recibido diferentes distinciones: Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Cergy-Pontoise (Francia) y Oficial de la Orden de Artes y Letras de la República Francesa.

Es directora de la Revista Unión y miembro de la Asociación de Escritores de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Su obra ha sido traducida al francés, inglés, alemán, portugués, italiano, ruso, polaco y holandés.

Escribía Nicolás Guillén: “Pienso que su poesía es negra como su piel cuando la tomamos en su esencia íntima y sonámbula. Es también cubana (por eso mismo) con la raíz enterrada muy hondo hasta salir por el otro lado del planeta, donde se le puede ver solo en el instante en que la tierra se detiene para que la retraten los cosmonautas”.

M.S.

La profunda Habana de los barrios

Pintada por los primeros, numerosísimos y célebres cronistas, La Habana alcanzó la dimensión de una gran ciudad latinoamericana desde las páginas del sabio alemán Alexander Von Humboldt, en el siglo XIX, hasta las más apasionadas del novelista cubano Alejo Carpentier, enamorado como nadie de su arquitectura y de ese sabor indescriptible de su puerto, sus barrios y, sobre todo, de sus gentes.

Es una reflexión y un gran placer afirmar que, entre nosotros, la cultura francesa, por razones históricas que conocemos bien, respira en nuestros poros. Hago un paréntesis para analizar, a vuelo de pájaro, este hecho indiscutible. Ya desde fines del siglo XVIII hasta los albores de la Revolución de Haití –la primera que implantó la independencia real de una república negra–, su savia alimentó casi todos los ideales independentistas de los patriotas cubanos a lo largo del siglo XIX y en plena mitad del XX cuando la Generación del Centenario alzaba las banderas del Moncada. Recuerdo cómo Juan Gualberto Gómez, el gran amigo de José Martí, avizoraba la república escribiendo versos y admirando los de Alfred de Musset. *Los dos Heredias* son inexplicables si, al estudiarlos, no nos remitimos a las formas de la poesía engendradas por Ronsard y Villon. No hay un Martí posible, ni un Darío alcanzable para nosotros, sin los hallazgos de los simbolistas. El mito de París se forjó en el corazón del movimiento modernista. No por azar, ya en el siglo XX, en sus versos de juventud “Al margen de sus libros de estudio”, el joven poeta Nicolás Guillén confesaba: “donde París es sueño y es realidad La Habana”; o



como expresara, en verso inolvidable, Roberto Fernández Retamar al descubrir que “Abandonar París es abandonarse”. Nuestra cultura –tanto en La Habana como en Matanzas y Cienfuegos– no se comprende sin la huella de Francia en sus espacios, en su ser.

No hay ciudad representativa, importante o trascendente sin sus pobladores. Tal como sostuvo Carpentier, una ciudad no es solo sus monumentos, sus iglesias, sus escenarios y esas edificaciones casi siempre traídas desde Europa (concebidas en tierras lejanas),

nunca acordes con la sensibilidad local, pero marcadas por los transeúntes criollos; o, tal vez, el estilo repetido –o no– de sus arcadas, de sus esquinas, de sus plazas, alamedas y parques.

Para dar con la esencia de La Habana que me vio crecer, me importan menos las coordenadas de un urbanismo complaciente; de una urbanidad condicionada por el ir y venir de costumbres importadas –que acuñaron la marca de su origen de clase– en un marco estrictamente colonial y, por lo mismo, avasallador.

Sin embargo, la luz –blanca a toda hora, erguida en su caída implacable– deja caer sus reductos cuando duerme, al mediodía, en una paz asombrosa, a la entrada de largos vestíbulos convertidos, por el vaivén de una economía de plantación, en esos solares que mi tímida infancia conoció.

La luz genera sombra; una sombra que, por los alrededores del puerto, se enreda libre a las tejas, devastadas por el calor inhumano, armando una floración de cristales opacos que permiten a los paseantes discurrir e, inquietos, alejarse del sol para atrapar la sombra incandescente, mórbida e irremediablemente necesaria.

Alejo fue un mago, un silvestre filósofo de esas atmósferas habaneras que percibió a través de su sensibilidad y no solo mediante las teorías de un urbanismo eficaz aunque frío y sordo a la idiosincrasia de sus habitantes. Son impresionantes sus observaciones sobre el ornato público de la época colonial, de lo que llamamos hoy el casco histórico de la ciudad, pero mucho más intensas lo son las que se

refieren a los interiores, sobre todo de la clase media habanera, nunca a los de la realeza de aquel tiempo.

Los barrios de La Habana, como un círculo que apretara su propio casco, como un duro cordón, son transparentes y el transeúnte, cuando camina a su libre albedrío, tiende a levantar la vista sobre ciertos balcones, contruidos sin pretensión alguna pero que proporcionan ese sello indiscutible que lanza su desafío para ir a parar a los mares del puerto. Quien levante los ojos para apreciar dichos balcones va a percatarse, en primer lugar, de las rejas y sus tejidos así como de los herrajes que dan un toque muy especial, nada barroco, muy habanero.

Siempre escuché decir a mis parientes, a mis vecinos, que las rejas más lindas del barrio eran las que adornaban los balcones de la calle Lealtad, a diestra y siniestra. Eran, constituían, una estampa concebida por sus arquitectos para recibir la brisa del Malecón que era la meta de todos sus moradores. Los guardavecinos dividían un balcón de otro y así sucesivamente. El aire circulante nuestro –que Luis Cernuda definió como pocos– no es la brisa del mar yucateco; ni se parece tampoco a los vientos ligeros, característicos del movimiento de las olas frente a La Rambla de la ciudad de Alicante que recorrí, entre otros, con Mario Benedetti, Concha y José Carlos Rovira. Cada ventolera, en su ritmo propio, es como la expresión de los pueblos cuyas viviendas necesitaron permanecer junto al mar, junto a los puertos y a la marinería que dio origen a ciertas coordenadas, incluso, de nuestro carácter. Por eso, cuando estás muy lejos del Malecón, extrañas el vaivén de la luz que juega a los escondidos con los terrales y las brisas marinas.

Frecuenté, en La Habana, numerosos solares. Escapada de mis clases, iba y venía; entraba y salía de sus patios como quien busca el misterio de una existencia escondida. Era el entorno en que crecí y, a veces, ante infinitos portones, me detenía, atraída por el resplandor de sus arcos, bajo cierto medio punto el cual, por deteriorado que estuviese, iba guardando la vieja hermosura que le destinaron sus hacedores.

Como sabemos, en la tradición del mundo hispano es un misterio el interior de cualquier vivienda urbana. Un poco en el espíritu de Sevilla, hay patios y entradas de casas –grandes o pequeñas–

de La Habana. Naturalmente, esas edificaciones se transformaron por la voluntad de sus dueños o por el peso de las circunstancias. Esas estancias, para decirlo en forma literaria, dieron lugar a las casas de vecindad; a los solares que acabo de mencionar.

Ya entrado el siglo XXI y, en virtud del programa de justicia social acometido, se aplicaron normas nuevas cuya fe de vida son los actuales edificios de apartamentos, los famosos doce o veinte plantas, contruidos en toda la urbe pero básicamente trasladados a una zona, atravesando el túnel de la bahía, conocida como Alamar.

Como su propio nombre indica, este territorio, cerca del mar, está ya superpoblado pues ha albergado a los habitantes de solares derrumbados por la pátina del tiempo. Hoy, habría que aceptar el desplazamiento de obreros y, sobre todo, de campesinos provenientes de montes, cayos, ciudadelas, barrios, nuevas comunidades forjadas en la nueva vida de los campos isleños.

El espacio del casco histórico, obra suprema de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana –que mereciera ser declarado por la UNESCO, ya en los años ochenta del siglo XX, como Patrimonio de la Humanidad– conserva un encanto nunca ajeno a la labor de restauración y conservación valoradas muy en alto no solo por las instituciones correspondientes sino por la elección y el disfrute de los habaneros de todas las edades, de todos los orígenes, de todos los sectores y gremios. Su toque mágico es resultado de la dedicada entrega así como de la erudición de Eusebio Leal cuya gestión personal, al frente de todas las iniciativas, hizo posible la reanimación arquitectónica y cultural de esa Habana que ya había comenzado a gestar su propia tradición a través de otro grande de la memoria histórica nuestra, Emilio Roig de Leuchsenring.

El transporte alternativo creado por el ingenio popular se ha convertido en un lenguaje habanero inigualable: bicicletas, panelitos, carretillas con frutas y artesanías; bici-taxis deambulan por sus predios y, en primer lugar, por la hermosa bahía –que contempla el gigante Cristo de Gilma Madera– atravesando toda la ciudad, frente al empaque de los cruceros, siempre en su vaivén inevitable sobre las aguas.

El espíritu de Jesús María, Atarés, el Barrio Chino, Los Sitios, Pueblo Nuevo y los Cuatro Caminos –en cuyo centro resplandece el mercado de mayor dimensión cuya arquitectura es semejante al Mercado de la ciudad aragonesa de Zaragoza– renace trascendido, corregido

y aumentado en el resistente fervor civil de sus moradores. ¿Quién podría negar que La Habana sea un misterio? Lo fue, lo es y lo seguirá siendo por los siglos de los siglos. ■

NANCY MOREJÓN

Un patio de La Habana

a Gerardo Fullea León

Un patio de La Habana,
como pedía Machado,
es caro a la memoria.
Sin altos muros,
sin esa lumbré intrépida
del arcoiris,
sin la flor andaluza
que tanto abuela reclamaba
en los búcaros . . .

Un patio de La Habana
conserva huesos de los muertos
porque ellos son anchos tesoros,
viejas semillas de Labrador.

Un patio, ay, de donde sale
tanta estrella.

NANCY MOREJÓN

Leonardo Padura (La Habana, 1955) es novelista, guionista, y crítico. Con la serie de novelas policíacas protagonizadas por el detective Mario Conde, traducidas a varios idiomas y merecedoras de diferentes premios como *El Café Gijón* (1995), *el Hammett* (1997, 1998 y 2005), *el Premio de las Islas* (2000) y *el Brigada 21*, logró el reconocimiento internacional. Es también autor de *El Hombre que amaba a los perros*, una vibrante reconstrucción de las vidas de *Trotsky* y *Ramón Mercader*, traducido a diez idiomas y que le valió entre muchos otros galardones el *Prix Roger Caillois*. En 2012, Leonardo Padura recibe el Premio Nacional de Literatura de Cuba y en 2015 el premio Princesa de Asturias de las Letras para el conjunto de su obra. La Academia Cubana de la Lengua lo reconoce como Miembro de Número en 2018. La editora francesa Annette Métaillé, que publica a Padura desde sus primeras novelas escribe: “Lo vi crecer y conquistar una audiencia internacional impresionante. A pesar del éxito retundo alcanzado, el escritor guardó su amor indefectible por su ciudad de La Habana, víctima de las vicisitudes de la Historia”. En este artículo el autor reflexiona sobre la creación y filiación literarias.

M.S.

El Escritor y sus costuras

1.

Alejo Carpentier, que era un hombre sabio, dijo en alguna ocasión que los escritores no debían confesar las influencias que habían recibido, descubrir los autores que podían haberlos marcado: tal revelación era un modo de mostrar las costuras de su propia creación, una especie de *strep tease* que exhibía intimidades que era más recomendable dejar ocultas.

Pero es que cada creador —y esto es más que sabido— funciona como el resultado de un aprendizaje que se concreta sobre la lectura de otros textos, a partir del hallazgo de afinidades estilísticas y conceptuales, y bajo el peso de la atmósfera cultural y social de una época. Sobre esos cimientos comienza a levantarse entonces el edificio de una personalidad creativa: un estilo, un modo de entender y expresar el mundo, una manera de asumir el acto creador. El tamaño y la singularidad del edificio dependen luego del talento del escritor, de su capacidad de trabajo y de la voluntad de superación que lo acompañe... Aunque, como también es sabido, no todos logran alzar su propio edificio: el del sello personal, esa cualidad que, en general, solemos llamar *un estilo*.

Ernest Hemingway, que como Carpentier fue capaz de crear su propia personalidad literaria, realizó el ejercicio de búsqueda de una expresión propia con la práctica de dos estrategias: matar a sus maestros y ponderar a los difuntos que no podían reclamarle las deudas. Conocidas son las disputas y recriminaciones de diversa índole que el autor de *Fiesta* tuvo con varios de sus contemporáneos y maestros: Gertrude Stein, John Dos Passos, Scott Fitzgerald, Sherwood Anderson. Hemingway talaba los árboles del bosque que podían darle sombra para así él poder alcanzar el sol. Elogiar a Stendhal era mucho más inocuo que exaltar a un colega contemporáneo y por eso Hemingway afirmaba que el escritor solo debía luchar contra los muertos. Gracias a su talento, por suerte, mientras pateaba rivales, Hemingway fue capaz de crear ese estilo seco y conciso que lo definió como autor y que creó todo un modo de hacer y entender la creación literaria.

Si recuerdo ahora las relaciones de Carpentier y Hemingway con sus posibles influencias matrices es porque, precisamente, ellos son dos de los autores con los que más deudas he adquirido en mi propio trabajo literario. Y porque, a diferencia de ellos, me

parece un acto de elemental justicia reconocer el papel de los maestros que, desde sus propios estilos, me han ayudado a acercarme al mío... si es que poseo algo tan estimable como mi propio estilo.

2.

El ejercicio de la literatura requiere, por lo general, de un largo aprendizaje. Como en casi todas las actividades humanas que exigen una elaboración intelectual, en el arte de la escritura existen los genios precoces, cuya capacidad creativa parece ser más una cuestión genética que un ejercicio de experiencia adquirida. Los casos del Rimbaud de *Una temporada en el infierno*, de la Mary Shelley de *Frankenstein*, o del Yukio Mishima de *Confesiones de una máscara*, así lo atestiguan.

Además, por lo general, los poetas suelen ser más jóvenes que los novelistas, y la razón de esa posibilidad de concreción artística está en el carácter mismo de los géneros: la poesía suele ser la expresión de un estado de ánimo, de una visión, una sensación, mientras la novela tiende a implicar la creación de un mundo. No es raro por ello que haya autores cuya obra novelística sea tardía: el propio Carpentier, tan precoz en otras expresiones, publica su primera novela atendible, *El reino de este mundo*, cuando andaba por los cuarenta y cinco años y el Premio Nobel de Literatura, José Saramago, solo encuentra su camino cuando ya rebasaba la cincuentena, por apenas citar dos casos muy notables.

El aprendizaje que prepara al escritor para entrar en el territorio complejo de la escritura de una novela se forja de muy diversas maneras. Mientras existen algunos que apuestan por las escuelas o talleres de escritura, en donde el aprendiz recibe el instrumental de las llamadas “técnicas narrativas” y confronta su trabajo con un profesor o tutor y varios interesados, otros consideran —y es mi caso— que la mejor escuela literaria es el ejercicio de la lectura.

Nunca implica un lastre para el escritor, con independencia del camino que siga hacia la realización de su obra, la adquisición de una cultura general, entendida como esa capacidad de conocimiento que nos permite establecer relaciones entre hechos, épocas, actitudes. Los estudios universitarios de carreras de Humanidades suelen ser provechosos en ese sentido, aunque son

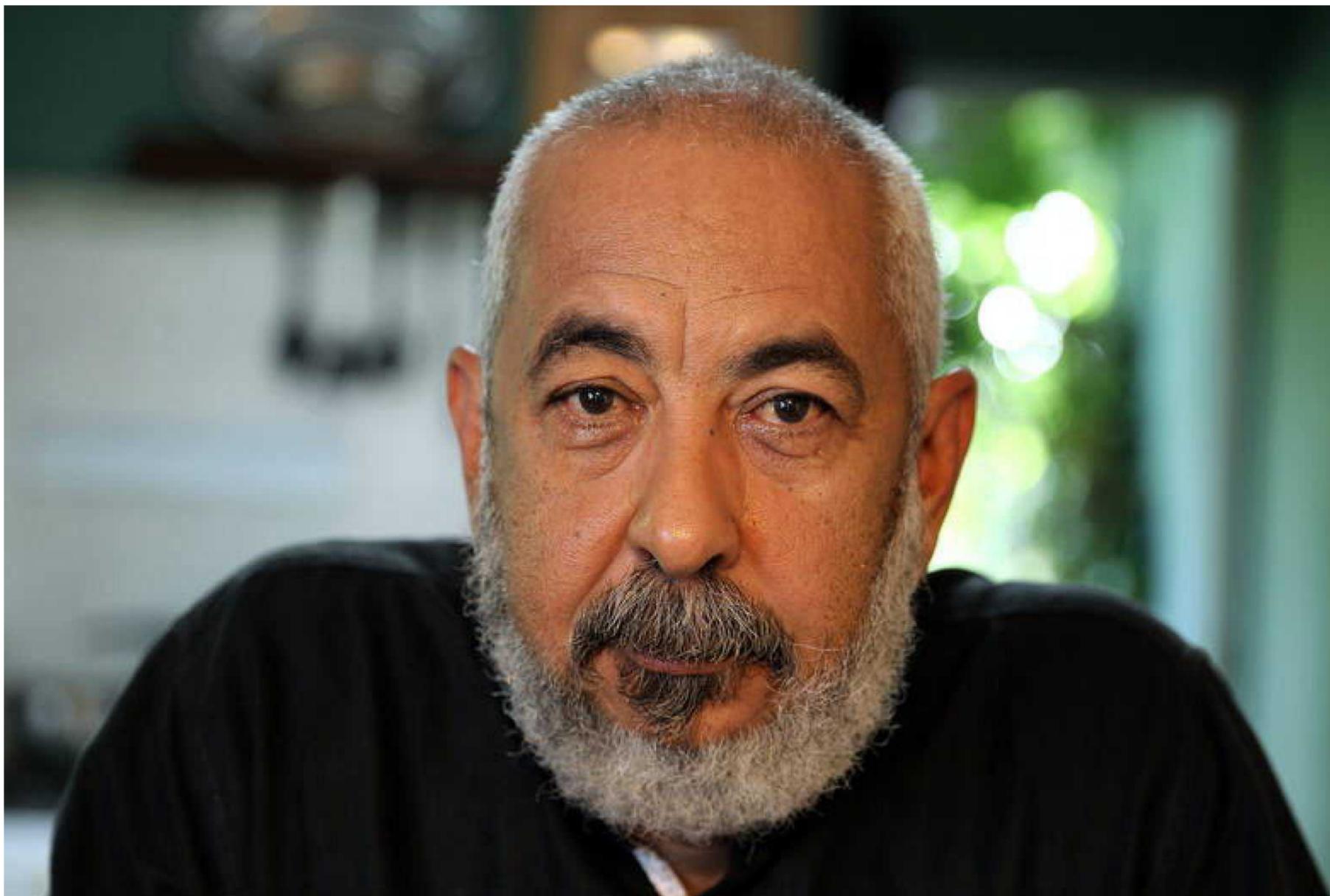
legión los escritores formados en otras esferas del saber o simplemente autodidactas.

Pero en todos los casos la lectura (que entraña la constatación de capacidades creativas, el conocimiento de técnicas de expresión, y el descubrimiento de los modos en que en una época se concreta la creación literaria) es la fuente de la que deben beber todos los que aspiran al ejercicio de la literatura. La incultura y el trabajo literario suelen ser enemigos irreconciliables.

A través de la lectura se encuentran, además, los paradigmas y, con ellos, se reciben las influencias. Qué elementos de las obras leídas pueden ejercer una atracción sobre el lector que pretende o ya realiza su propia creación, es muy difícil de deslindar. Mientras (y me refiero ahora al caso de la narrativa) en unas ocasiones el puente de simpatía lo establece la misma anécdota (argumento) desarrollada, en otras puede ser la estructura (la forma) en que esa historia ha sido concebida y montada, y en otras, por supuesto, el manejo del idioma, para mencionar solo las más importantes.

Pero mientras el tratamiento de una historia y su presentación (contenido y forma) son universales (nos puede atraer una novela del ya mentado Yukio Mishima o la estructura de un relato de Amos Oz, escritas en japonés y en hebreo respectivamente), el manejo del idioma, esa utilización del único instrumento con que cuenta el escritor, solo se adquiere con la lectura de obras escritas en el idioma en que habla y escribe el presunto influenciado. La lectura de los que escriben bien en la lengua propia constituye pues la más importante de las escuelas literarias posibles, y su preponderancia está por encima de la condición genérica escogida: poesía, drama, narrativa, ensayo. En el principio, y en el final, está el verbo: la palabra.

Puede ya resultar evidente que considero, con otros muchos escritores, que el ejercicio de la literatura suele ser un largo aprendizaje en el que, a través de muchos autores y obras, y luego de autores y obras afines, se va descubriendo un camino posible que luego solo puede ser desbrozado con la capacidad de asimilación y la voluntad de trabajo del escritor. Y un elemento que no siempre abunda: la modestia de un artista que considera que su aprendizaje nunca concluye.



3.

La lectura de los relatos de Ernest Hemingway y de J.D. Salinger fue quizás la primera gran conmoción literaria que recibí cuando era algo así como un protoescritor. Con estilos diferentes, moviéndose en universos distintos, con personajes muy singulares, estos dos escritores norteamericanos me mostraron algo que yo buscaba sin saber que lo buscaba: cómo contar una historia capaz de expresar lo que yo hubiera querido expresar y no había sido capaz de expresar.

Con Hemingway y Salinger entré desde entonces en un sistema narrativo que sería decisivo en mi manera de entender la literatura: la novelística norteamericana del siglo XX (y ya del XXI) que siempre me ha mostrado algo que considero esencial en la creación literaria: una gran capacidad para contar historias. Por eso mi cercanía inicial con Hemingway y Salinger pronto se vio acompañada por la que siento por la creación de autores como Faulkner, Dos Passos, Fitzgerald, Carson McCullers, los novelistas policíacos Hammett y Chandler, y autores más contemporáneos como Philip Ross o Paul Auster, entre otros muchos.

Pero no solo de buenas historias vive la literatura. Y no solo de buenas historias

traducidas se puede alimentar el escritor. Por ello en los mismos momentos en que devoraba novelas norteamericanas hice mi entrada consciente en el universo entonces bullente de la nueva novela latinoamericana que vivía el esplendor de su *boom*. El contacto con obras de autores como el ya también mencionado Alejo Carpentier, y, por supuesto, de Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo, Guillermo Cabrera Infante o Fernando del Paso –y hago una *short list*– me iluminaron el camino de una forma de expresión y un modo de articulación de los argumentos que luego, desde mis capacidades e incapacidades, he intentado transitar.

Curiosamente, todo esto iba ocurriendo a la vez... y ocurría más. La lectura de escritores de otras latitudes y formaciones, también marcaron un intento de autodefinición. Obras como las de Sartre y Camus, por ejemplo, me dieron una visión del mundo interior de los personajes de la cual me apropié. Una perspectiva gracias a la cual, luego disfruté con más plenitud de las obras de Milan Kundera y por la cual hoy disfruto de cada novela de Michel Houellebecq, entre otros autores europeos.

La suma de todos esos aprendizajes, y de otros más específicos (con la lectura, debo recordar, de las novelas policíacas de Manuel Vázquez Montalbán, de Leonardo Sciacia o de Rubem Fonseca) me fueron acercando a lo que yo quería y, sobre todo, a lo que yo podía ser como escritor de finales del siglo XX y ahora de estos turbios inicios del XXI. Porque sin el magisterio de esos autores con los que fui encontrando respuestas y descubriendo afinidades, no habría sido posible llegar a una concepción y práctica de la literatura como la que ejercito desde hace ya casi cuatro décadas.

¿Debía obedecer a Carpentier y ocultar las costuras con las que fui armando el traje que visto? Pienso que no. En todos los órdenes de la vida practicar la gratitud es una actitud ética que debemos cultivar. Reconocer de dónde venimos no nos disminuye. Al final –o al principio, da igual– todos tenemos padres, nadie es fruto de la generación espontánea y menos en un ejercicio que siempre se concreta como resultado de una decantación que se solidifica a través de la historia y del tiempo: a través de la cultura y la civilización. ■

LEONARDO PADURA